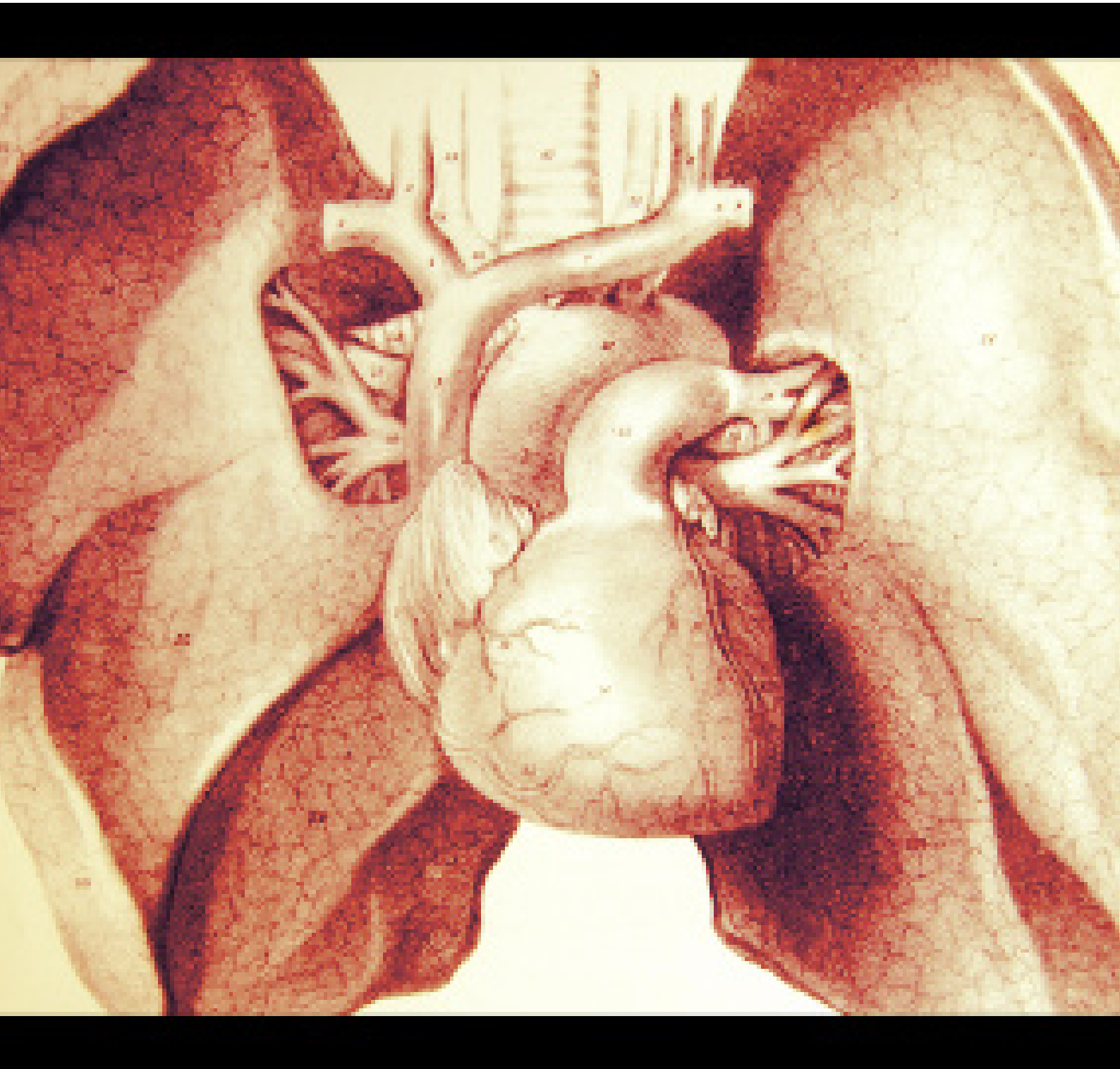


Mis últimos latidos.

Luisfe



Capítulo 1

Mis últimos latidos.

Un sordo dolor me despierta entre las penumbras, me encuentro sentada, solo puedo ver un fino rayo de luz amarilla que se cuela por entremedio de un agujero, sin embargo, no logro identificar donde me encuentro. Mi último recuerdo es la avenida, la imagen de sus semáforos y luminosos faroles vagan por mi mente, luego todo se tornó negro. Siento mis manos aprisionadas, a la vista de la vaga luz se entreven unos grilletes. Me doy cuenta que estoy desnuda y que aquel dolor visceral proviene de la zona inferior de mi tronco, como si mi piel estuviera cocida con hilos de manera irregular y eso impide levantarme. Bajo temerosa ambas manos en dirección a mi ombligo y puedo sentir que a su izquierda se encuentra una delgada y profunda abertura en mi piel, temblando sigo el recorrido de aquella herida: es de forma oblicua y termina en mi espalda, cerca de mi columna. ¿Qué me han hecho? Maldita sea, quiero moverme. Veo una puerta en el otro extremo de la habitación, entonces, comienzo a reptar utilizando mi cuerpo, la herida me duele inmensamente por lo que arqueo mi abdomen para nada la toque, sin embargo, en esta posición puedo sentir mi saliente cadera comprimir fuertemente contra el duro suelo, siento el orín discurrir por mi entrepiernas y mojar el piso, ya que nunca en mi vida, había sentido tanto dolor.

En este extremo escucho el llanto lejano de varios bebés, puedo percibir su desesperación, pero no puedo distraerme, quiero sobrevivir. Ya en la puerta el olor a carne podrida y sangre se hace mas evidente, hedores tan fuertes como mi orín. Tengo ganas de vomitar, mi cuerpo se desvanece, entonces vomito y siento poder continuar. Ahora escucho algo en el otro lado de la puerta, dos hombres están conversando.

—No tiene que morir, quieren su corazón, tenemos ordenes, creo que el alcalde está involucrado—. Dijo uno.

—Es su hija, lleva días internada, dicen que no sobrevivirá si no le brindan un nuevo corazón. El de la muchacha que está aquí, es completamente compatible con ella. Diablos, es tan joven, si fuera otra la ocasión, le hubiera sacado ambos riñones, pero tiene que sobrevivir un poco más y otro objetivo por cumplir—. Dijo el otro.

Escucho que se acercan, si, entran por la puerta, demonios, ganeo sin rumbo, el suelo está pegajoso, hay restos de algo maloliente por todo el lugar. Encienden la luz pero mis ojos no están preparados para tanta claridad, eso impide que les pueda ver y solo distingo un par de sombras, que se acercan a mí. Me inunda el pánico, comienzo a gritar, doy patadas

sin objetivo alguno, me siento completamente indefensa. Me toman de un tobillo y rápidamente golpeo con el otro, escucho que alguien cae de lleno contra el suelo. No siento dolor, seguramente, me embriaga la adrenalina. Mientras me arrastro hacia la puerta, oigo blasfemar al segundo hombre, pero ya no me sigue, se queda con su acompañante y lo hace reaccionar, al parecer, lo he dejado inconsciente.

La habitación consiguiente está encendida, cierro rápidamente la puerta con mi cuerpo y me doy cuenta de que aquellos idiotas han dejado las llaves en ella, levanto dificultosamente mis manos engrilladas y aseguro la puerta, intento desposarme pero es imposible. El intenso dolor nuevamente comienza a surgir, siento mi sangre discurrir por la herida que, al observarla con detención, hace que grite de la angustia. ¿Es que acaso la maldad humana no tiene límites? ¿Realmente el fin justifica los medios?. Se me borra la visión cuando veo que por todo el recorrido de aquella laceración una asquerosa sutura penetra mi carne de manera irregular y sin cuidado, abriéndose en algunas partes.

Ya tengo claro en que mierda estoy metida. He escuchado de ello en algún momento de mis veintitrés años de vida. Las leyendas urbanas, de mujeres, bebés y niños extraviados, sepultados por el tiempo y el olvido. De personas encontradas fallecidas en barrancos o dentro de un río, vacías por dentro como si fueran solo de piel. Comienzo a llorar desconsoladamente, la situación me aterra.

Veó mi alrededor, hay una mesa de metal en frente de mí y en los bordes de la habitación sobre una superficie, varias cajas transparentes se conectan por medio de tubos y cables. Un bebé nuevamente comienza a llorar y noto que el sonido proviene de esas cajas, me doy cuenta entonces, que son incubadoras. ¿Tienen los bebés allí dentro? No quiero saber lo que les hacen. No quiero saber.

Escucho que golpean fuertemente la puerta detrás de mí. —¡Maldita perra, está convulsionando, abre la puerta!— Me grita uno de los malnacidos, yo sonrío vagamente. ¿Qué es eso? Un celular vibra sobre la mesa. Sin dudarlo, me levanto con sobrefuerzo, apoyándome en la parte superior de la mesa, mi herida se abre por completo, pero grito fuerte para poder sobrellevar la situación. Tomo el celular que suena todavía y me desplomo inmediatamente sobre el suelo, se me acaban las fuerzas. Le imploro a mi cuerpo que reaccione para contestar, aprieto con mi dedo y escucho medio ida, medio muerta.

—Verdugo, llevo media hora esperando afuera del lugar acordado. ¿Dónde diablos está la chica?—. Cuelgo rápidamente, ya nada me sorprende, marco a la policía y me contesta una operadora, con mi último aliento le explico en la situación que me encuentro sin sentir alivio alguno, no puedo decirles donde me hallo, puesto que no lo sé, entonces me dice que deje el celular encendido ya que ellos me ubicarán por GPS.

Una vez más, todo se torna negro.

Abro mis ojos nuevamente, noto que estoy inmovilizada dentro de una ambulancia. Veo un paramédico frente mi y escucho a otro hablar.—Lo siento señora Beatriz, ella no lo logró. Falleció hace unos minutos.—. Beatriz es mi madre ¿Por qué le han dicho eso?. Ahora oigo a una mujer.—La hija del alcalde está en pabellón. Es momento de proceder.— Entonces ella misma me acaricia mi sucia frente y siento mis lágrimas discurrir por el borde de mis mejillas. Me doy cuenta de lo que está por suceder, mi respiración comienza a acelerarse, mi corazón, diablos, mi preciado corazón late sus últimos latidos dentro de mi, inocente, no se espera que pronto laterá en la caja torácica de otra persona. —Lo siento mi niña, no es nada personal.— Escucho que me dice la paramédica y siento que un gas somnífero entra por la mascarilla.

No se en que momento he vuelto a la avenida, los faroles permanecen encendidos, veo a gente pasar, miro atrás y está el planeta tierra levitando, ardiendo en ciertos lugares, el infierno se encuentra seguramente allí y los demonios acechantes son de carne y hueso, observan en las sombras a las almas indefensas, para profanarlas tal como ahora me ha ocurrido a mi.